

# INVENCIONES



## RELATOS DE BIBLIÓFILOS, LIBROSAURIOS Y BIBLIOMPIRATAS, II

Seleccionados por  
JOSÉ MARÍA PARREÑO\*

**H**OLBROOK Jackson (1874-1948), el autor de la primera narración que presentamos, lo es también de libros como *Bookmen Pleasures* (1947), *The Fear of Books* (1982), *The Reading of Books* (1947) y *The Anatomy of Bibliomania* (1940). Lo que realmente me hizo cobrarle simpatía fue que hubiera sido también el editor moderno de un libro tan extraordinario como *The Anatomy of Melancholy*, publicada originalmente en 1621 por el clérigo británico Robert Burton. Y todo ello no sabemos si como causa o como consecuencia de haberse ocupado de editar *The Complete Nonsense of Edward Lear*, que se publicó póstumamente. Conocí la existencia del libro de Burton (del que hay traducción española en tres volúmenes, Asociación Española de Psiquiatría, 1997, 1998 y 2002) gracias a Borges, y por uno de esos extraños bucles de lectura, esta narración de Jackson es un caso de erudición fantástica —digo yo— típicamente borgiana.

Del autor de la segunda narración, Clip Boutell, no he podido saber nada. Sé que esto es bastante decepcionante, pero lo puedo compensar con unas líneas dedicadas a quien reuniera a Holbrook y Boutell por primera vez. Efectivamente, ambos textos aparecen en *Carousel for Bibliophiles, a Treasury of Tales, Narratives, Songs, Epigrams and Sundry Curious Studies Relating to a Noble Theme* (1947). Su autor fue William Targ (1907), que lo fuera también de *Bouillabasse for Bibliophiles* (1955), otro guiso bibliográfico

\* José María Parreño es escritor y director del *Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente* de Segovia. jmp@museoestebanvicente.es

de lo más variado. Targ, que fue librero, coleccionista, escritor y editor —creó en Chicago el sello editorial Black Archer Press—, publicó también una suerte de temprana autobiografía titulada *Indecent Pleasures* (1941), menos indecente de lo que uno esperaría, pero bastante divertida. En castellano, Emecé tradujo en 1983 *Vidas Secretas*. Para deshacer el tópico del amante de los libros como alguien ajeno al mundo real, basta ver qué otras cosas imprimió Black Archer Press. Entre ellas, *The Politics of Ecstasy* (1963) de Timothy Leary. En ella, el profesor de Berkley predicaba una nueva religión, la *League for Spiritual Discovery* (LSD), que utilizaba el ácido lisérgico como sacramento. Ahora me doy cuenta, este no es buen ejemplo de atención a la realidad por parte de Jackson.

Tanto la narración de Jackson como la de Boutell son meras acumulaciones de noticias, sin pretensión de análisis ni conclusiones finales. Mientras que el relato del primero explora lo asombroso, el segundo resulta desesperado (también es parcial y localista). Pero el hecho de que ninguna de las pérdidas de manuscritos que recoge impidiera finalmente que el libro en peligro viera la luz sugiere que la terquedad de los escritores es en verdad sobrehumana. Ahí sí que vida y obra caminan de la mano y se sostienen mutuamente.

# LIBROS ENCUADERNADOS EN PIEL HUMANA

HOLBROOK JACKSON

*Traducción de* NURIA VILLAGRASA VALDIVIESO

MUCHOS amantes del arte ligatorio son tan perversos que sólo les complace lo que normalmente es inaccesible para los demás. Si está de moda la piel de becerro o la de marroquín, todos quieren la de foca o la de tiburón; prefieren las pieles de pitones y cobras frente a la popularidad de las de cordero o cerdo; y la belleza marfil de la vitela pierde su simplicidad mediante extraños tintes. Algunos intentan poseer al menos un libro encuadernado en piel humana, que exaltan desmedidamente por encima del resto. Este gusto no es apto para estómagos delicados, pero proporciona un placer extraño —y, para algunos, impuro— a aquellos a los que satisfacen las ideas atípicas y las experiencias curiosas y exóticas. Recientes estudios de psicología sitúan este gusto entre las aberraciones de la mente, y algunos, como Bloch, lo consideran fetichismo sexual. Por ejemplo, el pecho femenino es «un fetiche psicológico natural para el sexo masculino», pero aparte de esta atracción normal «existe una singular variedad de fetichistas del pecho que emplean el pecho separado del cuerpo para la encuadernación de libros»<sup>1</sup>; y cita a Witkowski: «Existen algunos bibliomaniacos y erotómanos que poseen libros encuadernados en piel de mujer que toman de la zona del pecho de modo que el pezón forma una hinchazón característica en la cubierta»<sup>2</sup>. Hay quien duda de la existencia de estas encuadernaciones y les

1 Iwan Bloch, *Sexual Life of our Time*, 1909, p. 620.

2 *Tétoniana*, París, 1898, p. 35.

resta importancia a estas leyendas, igual que a las anécdotas de pescadores, las historias de marineros o los cuentos de las ancianas. Confieso que estas historias no parecen creíbles, pero varios observadores de confianza han documentado bien la existencia de libros encuadernados en piel humana. Pero antes de exponer mis datos, permitan que me ocupe de la leyenda: oscurezcamos la verdad.

En todas las épocas de intensa agitación, como guerras, revoluciones, hambrunas y epidemias, los rumores desempeñan un papel fundamental en la distribución de noticias, como bien sabemos los que vivimos los peligros y ansiedades de la Primera Guerra Mundial. En aquellos días fueron muchos los que creyeron que durante el trágico otoño de 1914 se transportaron grandes ejércitos de rusos desde el puerto de Arcángel en Rusia hasta el norte de Escocia, y desde allí por tren hasta el sur de Inglaterra para embarcarse hacia Francia, con el fin de ayudar a nuestras apuradas tropas, que por entonces caían ante los alemanes en lo que parecía una retirada irrecuperable. Posteriormente se documentó que cuando nuestras tropas se encontraban en Mons recibieron la protección especial de huestes de ángeles que fueron vistas por muchos de nuestros soldados; y más tarde aún —lo que se aproxima más a nuestro tema— apareció en los periódicos la noticia de que, debido a la escasez de grasas y aceites, los alemanes habían organizado una gran fábrica en la que transformaban los cuerpos de los alemanes y enemigos muertos en esos materiales esenciales para la vida. Estas leyendas suelen circular en tiempos de tribulación y están tan cuidadosamente tejidas en la tela de todos los documentos que resulta imposible dilucidar dónde empieza la Historia y termina la leyenda. Algunas autoridades en la materia sostendrán que hay poca diferencia entre una y otra.

El hecho de que la piel humana se haya curtido en épocas modernas y remotas está bien documentado en la actualidad. Esta piel resulta dócil para el proceso de curtido igual que el cuero de cualquier otro animal, pero presenta claras diferencias de calidad entre una piel y otra, siendo algunas burdas y ásperas al tacto y otras suaves y lustrosas; y algunos de mis atentos lectores se sorprenderán al saber que los cueros difieren en grosor entre 4,2 y 3,5 milímetros<sup>3</sup>. El curtido aumenta el grosor y transforma una piel dura en un cuero suave y de grano fino. Aparentemente, expone Davenport<sup>4</sup>, parece de becerro, pero resulta difícil desprender el pelo completamente. Otra auto-

3 Villon, *The Leather Industry*.

4 *The Book*, p. 180.

ridad en la materia sostiene que se parece más a la de oveja con una textura firme y cerrada, suave al tacto y susceptible de un lustre fino. Otro afirma que es porosa como la de un cerdo. Puedo apoyar esta opinión a partir de mi propia observación de un trozo de cuero humano curtido en Londres hace unos treinta años y que actualmente se encuentra en posesión del señor Zaehnsdorf. Esta muestra recuerda a una suave piel de cerdo. Tiene casi 3,2 milímetros de grosor, pero Edwin Zaehnsdorf sostiene que el grano se asemeja más a la piel de marroquín que a la de cerdo. Para obtener un cuero utilizable, la piel humana «debe saturarse varios días en una solución fuerte de alumbre, vitriolo romano y sal común, secarse a la sombra y curtirse siguiendo el procedimiento habitual»<sup>5</sup>.

La primera referencia que he encontrado sobre el curtido de piel humana es una leyenda de Marsias, quien imprudentemente retó a Apolo en un concurso musical y, al perder, pagó la pena acordada de sufrir que le desollaran vivo. Algunos dicen que su piel se guardó en forma de vejiga o pelota, o como otros creen, de botella: «Me pueden despellejar vivo», dijo Ctesipo, «pero sólo si mi piel no acaba, como la de Marsias, en una botella de cuero, sino en un trozo de virtud»<sup>6</sup>. Una diligente leyenda de la época de la Revolución Francesa cuenta cómo se enviaban los cadáveres de los aristócratas a una curtiduría de Meudon, donde sus pieles se convertían en cuero y se utilizaban para encuadernar libros, además de para otros fines. Uno de los relatos más memorables trata de unos pantalones que se hicieron para un francés cuya criada había sido ejecutada por robo. Este ingenioso moralista nunca se cansó de denunciar a la chica y, después de cada diatriba, se golpeaba el trasero con gran satisfacción murmurando: «Pero aquí está la muy pícara, ¡aquí está!».

En 1684 Sir Robert Viner, el leal concejal de Londres, donó a la biblioteca Bodley «una piel humana curtida, junto con un esqueleto humano y el cuerpo disecado de un negro»<sup>7</sup>. William Harvey se presentó en el Colegio de Médicos con una piel humana curtida y también hay muestras en la Universidad de Basilea y en el Museo Fisiológico del Liceo de Versalles. En la Exposición del Centenario de América se exhibió una baraja de cartas de piel humana. Villon, en su obra sobre la industria de la piel, recoge que en el siglo XVIII se usaban pieles de indigentes para fabricar zapatos de niños en Tewkesbury, Massachusetts; pero que se abandonó esta costumbre por una

<sup>5</sup> *The Footwear Organiser*, junio de 1925.

<sup>6</sup> Platón, *Eutidemo*, Jowett, I, p. 210.

<sup>7</sup> Macray, *Annals*, p. 154.

ley que penaba con cinco años de prisión el comercio de piel humana. Pero la historia de la piel más romántica corresponde al general Jan Ziska de Bohemia, que «quiso que se hiciera un tambor con su piel cuando muriera, porque creía que el mero sonido de éste haría huir a sus enemigos»<sup>8</sup>, tal y como conseguía su fama mientras vivía.

Así pues, una vez comprobado que las pieles humanas se han curtido y que pueden ser utilizadas, no resulta difícil ampliar su uso a otros fines y, teniendo en cuenta, como dicen los abogados, la estrecha relación que se da entre libros y hombres, el comportamiento humano, etcétera, me parece lógica —aunque macabra— la aplicación de este tipo de cuero en los libros. El desarrollo de esta práctica se vio impulsado en Francia por circunstancias económicas, así como de temperamento. El arte de encuadernar «desapareció durante la tempestad revolucionaria», dijo uno<sup>9</sup>, «y los libros se encuadernaban en piel humana»; y otra autoridad<sup>10</sup> apunta que «un resultado de los horrores de la Revolución Francesa fue este macabro humor de encuadernar libros con la piel de seres humanos»; y todo el mundo recuerda el comentario de Carlyle que se cita en *Dr. Claudius*: «Los nobles franceses se reían de las teorías de Rousseau, pero sus pieles sirvieron para encuadernar la segunda edición de su libro»<sup>11</sup>. Podría enumerar muchas más citas de este tipo, pero son suficientes, ya que no pueden contrastarse con pruebas y muchas autoridades de fiar —entre las que se incluye Sanson, el verdugo del Estado, en su *Diario*—, lo han desmentido. Por lo tanto, si la historia perdida, debemos llegar a la conclusión de que la mayoría de la gente prefiere la leyenda a la Historia: creen lo que prefieren creer.

De libros encuadernados en piel humana podemos encontrar muchos ejemplos en colecciones tanto públicas como privadas. En el Museo Carnavalet de París, Cyril Davenport<sup>12</sup> vio un ejemplar de la Constitución de 1793 encuadernado en la piel de un revolucionario; Dibdin menciona un ejemplar de la biblioteca del famoso coleccionista Dr. Askew, pero se olvida de nombrar el libro; otro historiador afirma que en Marlborough House hay un libro encuadernado en la piel de Mary Putnam, una bruja de Yorkshire<sup>13</sup>. Percy Fitzgerald tiene varios ejemplos: el del acta del juicio y ejecución de

8 Burton, *Anatomy of Melancholy*. Véase también Carlyle, *Frederick the Great*.

9 Philomneste Junior, *Bibliomania in the Present Day*, 1880, p. 16.

10 Percy Fitzgerald, *Book-Fancier*, p. 122.

11 Citado en *Book-Lore*, 1, p. 125.

12 *The Book*, p. 180.

13 Charles Gerring, *Notes on Bookbinding*, p. 19.

Corder, que había asesinado a Maria Martin en el Red Barn, encuadernado en la piel del asesino, curtida con ese propósito por un cirujano de Bury St. Edmunds. También cuenta la historia de los sonetos de un poeta ruso encuadernados en la piel de su propia pierna, que había sido amputada tras un accidente de caza, «para su presentación ante la dama de su corazón»; y finalmente comenta cómo un librero de St. Michael's Hill, Bristol, le enseñó a un coleccionista varios volúmenes que la Biblioteca de Derecho de Bristol le había enviado para arreglar. «Todos estaban encuadernados en piel humana, especialmente curtida para la ocasión, procedente de inculpados locales, desollados tras la ejecución»<sup>14</sup>. En los diarios de los hermanos Goncourt se hace referencia a «un virtuoso inglés que encuadernaba sus libros con piel humana»<sup>15</sup>.

Pero no sólo a nuestros compatriotas les gusta. El astrónomo francés Camille Flammarion felicitó en una ocasión a una bella condesa por el encanto de la piel de sus hermosos hombros. Cuando ella falleció, dispuso que curtieran la piel de sus hombros y espalda y se la enviaran a Flammarion en recuerdo de la admiración que sintió por su dueña. El astrónomo empleó una parte para encuadernar uno de sus libros más famosos, *Cielo y tierra*. Otro relato afirma que hace unos años un funcionario de la Escuela de Medicina de París hizo curtir la piel de Campi, un asesino ejecutado, y la usó para encuadernar los documentos de su autopsia<sup>16</sup>. André Leroy protegió unos pequeños trozos de la piel del poeta Delille con los que hizo unas incrustaciones en la suntuosa encuadernación de un ejemplar de las *Geórgicas*. Otros autores franceses, como Alfred de Musset, han manifestado su preferencia por este tipo de cuero, y no dudo de que en muchos países pueda rastrearse el gusto por las encuadernaciones en piel humana; pero como no estoy escribiendo un tratado sobre este tema, terminaré con el último ejemplo que he podido hallar. En 1891 un doctor encargó a Zaehnsdorf encuadernar un ejemplar de *Dance of Death* de Holbein en la piel de una mujer. La piel que he mencionado se curtió en Sweeting, en la avenida Shaftesbury, y los artífices que encuadernaron y doraron las letras en el volumen siguen vivos<sup>17</sup>. El pelo humano se usó apropiadamente para la cabezada del libro, en lugar de la seda. No se sabe dónde se encuentra actualmente ese volumen, pero se cree que en América.

<sup>14</sup> *Book-Fancier*, pp. 122-123.

<sup>15</sup> Citado en Saintsbury, *French Novel*, p. 461.

<sup>16</sup> *Book-Lore*, p. 125.

<sup>17</sup> 1928.





# PERDIDOS, PERO NO OLVIDADOS

CLIP BOUTELL

*Traducción de* NURIA VILLAGRASA VALDIVIESO

**P**ERDER el manuscrito de un libro es, en cierto modo, como perder a un hijo. Parece irremplazable. Pueden haberse dedicado meses, incluso años, a dar forma a una idea y moldearla para la posteridad. Y entonces llega el golpe —por accidente, por descuido, por pura mala suerte—, el manuscrito está destruido y hay que iniciar de nuevo todo el proceso creativo.

Casi todo el mundo ha oído hablar del trágico destino del primer volumen de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Thomas Carlyle. Pero Carlyle superó el golpe reescribiéndolo, y saltando, con él, a la fama y la fortuna. Y, desde luego, la *Historia de la Revolución Francesa* no es el único libro famoso que se reescribe tras perderse el primer borrador.

Para situar la cuestión, no hará ningún daño volver la vista una vez más hacia el incidente familiar. Carlyle, según la biografía que Townsend Scudder escribió sobre la mujer del historiador, *Jane Welsh Carlyle*, había terminado el manuscrito del primer volumen y se lo había dado a John Stuart Mill para que lo leyera, con la esperanza de que le indicara algún defecto leve en el estilo.

A la hora del té del 6 de marzo de 1835, Mill visitó por sorpresa a los Carlyle en el número 5 de Cheyne Row y les dio la turbadora noticia: un criado había confundido el manuscrito con un montón de papel para tirar y había utilizado todo, salvo una página o dos, para encender el fuego.

—Algo así no había sucedido nunca— se quejó Mill.

—Sí —respondió Carlyle—, Newton y su perro Diamond.

Carlyle no había guardado ninguna nota, pero retomó el capítulo inicial del segundo volumen, en el que estaba trabajando entonces, hasta comple-

tarlo, y enseguida se puso a recrear el material anterior. Resultó duro, pero juró que, a pesar de las vicisitudes, sería un buen libro, y lo es.

La referencia de Carlyle a Newton habla de otra pérdida clásica, aunque posiblemente apócrifa. Tal y como cuenta la leyenda, Newton había dejado los manuscritos en los que había plasmado la obra de sus últimos años en una mesa junto a una vela encendida. Su perro Diamond, que estaba jugando alrededor de la mesa, tiró la vela e incendió los papeles. Newton, filósofo en todo momento, simplemente movió la cabeza.

—Ay, Diamond, Diamond —apostrofó—. ¡Qué poco consciente eres del daño que has hecho!

La Historia no ha dejado constancia de ningún intento de apagar las llamas, ni de si Sir Isaac volvió a empezar.

Molière, el famoso dramaturgo, en una situación similar, estalló. Estaba a punto de terminar una traducción de Lucrecio cuando uno de sus criados utilizó algunas hojas para la peluca del dramaturgo. Enfurecido, Molière lanzó el resto del libro al fuego.

Quizá todos los filósofos se vuelven un poco descuidados en la vejez, o quizá, pobres jueces de la ayuda doméstica. El asunto Carlyle-Mill casi fue un duplicado exacto de la experiencia del amigo de Newton ahora olvidado, el filósofo Firmin Abauzit.

«Una criada simple y rústica», por usar el lenguaje de la época, con la intención de «ordenar bien las cosas del señor», tiró todos los papeles de su mesa de trabajo al fuego. Entre éstos se encontraban los cálculos de cuarenta años de esfuerzo. Pero Abauzit retomó su trabajo tranquilamente.

Si se tiene en cuenta la conmoción que causó la publicación de *Cuento de una barrica* del deán Swift en 1704, no es posible evitar preguntarse por el riesgo que corrió su autor con el manuscrito. El vitriólico Jonathan nunca había tratado directamente con sus librerías-impresores, para la publicación de ninguna de sus sátiras anteriores. En el caso de *Cuento de una barrica*, le preocupaba tanto mantener el anonimato que lo lanzó a la puerta del librero desde un coche en marcha sin ni siquiera esperar a ver si lo recogían las personas a las que iba dirigido.

El deán hizo su pequeña apuesta con el destino mientras se apoyaba en el mohoso respaldo de su coche, pero no era tan arriesgada como podría parecer en un principio. Él habría reescrito el original si se hubiera perdido, para continuar disparando con una rabia aparentemente inagotable a las supersticiones y poses de su época. El suyo fue el impulso que distingue a los escritores que tienen algo que decir y que superarán cualquier obstáculo para llevar su mensaje a los lectores.

En 1836, sólo un año después de la pérdida del manuscrito de Carlyle, Richard Henry Dana llegó a Boston de regreso de su histórico viaje alrededor del cabo de Hornos hasta California. En la introducción de una de las últimas ediciones de su libro *Dos años al pie del mástil*, su hijo escribe:

«Mientras estuvo embarcado tomó notas casi a diario en un cuaderno de bolsillo y en los ratos libres las pasó a limpio. El relato completo de su viaje casi se perdió con el baúl en el que se encontraban su ropa de marinero, además de todos los recuerdos y regalos que llevó para la familia y los amigos, por culpa del descuido de un pariente que se hizo cargo de sus cosas en el muelle».

Ese manuscrito sería, de hecho, todo un hallazgo si todavía existiera. La versión que cobró fama de *Dos años al pie del mástil* la escribió Dana a partir de las notas originales a su regreso a la Harvard Law School. Afortunadamente, no había confiado las notas al mismo mensajero anónimo. Pero transcurrieron casi cuatro años mientras Dana lo reescribía y William Cullen Bryant disponía la publicación de este clásico realista de la vida en el mar que acabó influyendo en los reportajes testimoniales un siglo más tarde.

El camino de los millones de palabras perdidas sigue hacia San Francisco y el famoso teatro y hotel Baldwin, construidos por el «afortunado» Baldwin, el jugador y promotor, «el único que ha ganado doscientos mil dólares con darle la vuelta a una única carta».

El actor y productor William Gillette estaba alojado en el hotel Baldwin el 23 de noviembre de 1898. Durante la gira con la obra *Servicio secreto*, había dedicado cada minuto libre fuera del escenario a la dramatización del *Sherlock Holmes* de Conan Doyle, y por fin estaba acabada.

No resulta difícil imaginar al actor ocupado en las últimas correcciones de la última página, pendiente de la hora y decidiendo que tenía el tiempo justo para una cena rápida antes de dirigirse al teatro. El guión terminado vuelve a su repleto baúl. Coge el sombrero, baja y cruza el vestíbulo hasta salir a la calle.

Tras terminar de cenar, el señor Gillette sale del restaurante y regresa al hotel. Camina unas manzanas y la tragedia explota ante sus ojos. El hotel Baldwin arde en llamas. El fuego estaba fuera de control y permaneció activo durante varios días.

Pero William Gillette retomó la obra desde el principio y un año después representó por primera vez su *Sherlock Holmes* en el papel que le llevó a la fama y que más veces representó casi hasta su muerte en 1937.

Ese manuscrito reescrito es ahora el orgullo de un vendedor de libros raros de Nueva York. Y cada corrección en tinta roja, cada garabato, cada diagrama para el director de escena, es un testimonio mudo de su total recuperación de la pérdida. Y es posible que sea una obra mejor gracias a la revisión.

Booth Tarkington, por una de esas curiosas vueltas que da la vida, tuvo más suerte que William Gillette. Hace algunos años, Barton Currie, por entonces director de *The Ladies Home Journal*, llamó al señor Tarkington de Indianápolis para recoger el manuscrito de un relato que le había contratado.

El señor Currie metió la historia en su nueva bolsa de viaje de piel inglesa, en la que ya se encontraban otros manuscritos que llevaba a Filadelfia. Tarkington quiso despedirse de él y, de camino a la estación, se detuvieron en el club de la universidad. Hacía un frío glacial y el chófer de Booth Tarkington se quedó en la puerta lateral del club para entrar en calor.

Cinco minutos después, salió a la acera y descubrió que habían robado el coche con todo lo que llevaba. Barton Currie tomó el tren sin su bolsa de viaje, en la que también llevaba el pijama y otros efectos personales. Pero dejemos que sea el propio Booth Tarkington el que nos cuente el resto de la historia:

«Avisamos a la policía. Publicamos una oferta de recompensa en los periódicos del día siguiente y, a la hora del desayuno, recuperamos el coche, que estaba abandonado a las afueras de la ciudad. Antes de que llegara el coche custodiado por un policía, un hombre muy vivo tomó prestada la fiambarrera de un trabajador, nos dijo que él había encontrado el coche, recibió la recompensa y se alejó rápidamente. Más tarde descubrimos que había salido de la cárcel de Pendleton el día anterior. Con el dinero que le entregamos tan alegremente emprendió viaje a lugares desconocidos.

»Soltamos una nueva recompensa cuando llegaron el coche, el hombre que lo encontró y el policía, pero nunca apareció la bolsa de viaje del señor Currie ni los manuscritos que guardaba, salvo uno, el mío. Evidentemente, el ladrón había mirado el contenido de la bolsa y había decidido quedársela con todo lo que había en su interior, con una única excepción que tiró al suelo del coche. Tal era su lamentable gusto».

Pero si Tarkington tuvo suerte, el coronel T. E. Lawrence, no. El borrador original de *Los siete pilares de la sabiduría* lo perdió el autor en un transbordo en la estación de Reading en las Navidades de 1919 y nunca ha visto la luz.

La bibliografía de este magnífico libro en cada una de sus diversas ediciones probablemente sea más compleja que la de cualquier otro título de nuestra época. Pero sin entrar en grandes detalles, se puede reconstruir el desarrollo de la historia principal que finalmente apareció como *Los siete pilares*.

De los diez libros originales, o partes, de la obra completa, todos excepto la introducción y los borradores del noveno y décimo tomo se perdieron en la estación. Un mes más tarde, Lawrence cuenta que empezó a anotar lo que recordaba de las doscientas cincuenta mil palabras de la primera versión. Terminó los diez libros en menos de tres meses en un manuscrito de cuatrocientas mil palabras. «Obviamente, el estilo era descuidado», afirmó. Trabajó sobre el manuscrito intermitentemente hasta 1921, cuando empezó con la tercera versión, que terminó en febrero de 1922. Entonces quemó toda la segunda versión excepto una página.

La tercera versión sirvió de base para los primeros ejemplares impresos para su distribución privada mientras seguía revisando el texto de Oxford para posteriores ediciones. La pérdida de la primera versión debió de parecer atroz para Lawrence en el momento en que sucedió, pero la destrucción del segundo manuscrito con sus propias manos tras haber escrito el libro por tercera vez demuestra un deseo de perfección que debe de ser único en la historia de la literatura. Como el propio Lawrence afirmó, «los que empiezan en la literatura tienden a tantear un puñado de adjetivos en torno al esquema de lo que quieren describir, pero hacia 1924 yo ya había aprendido las primeras lecciones de escritura y a menudo era capaz de sintetizar dos o tres de mis frases de 1921 en una sola».

Por supuesto, la prosa de Lawrence era poesía. Era un maestro artesano para quien cada sílaba contaba. Y quizá sea el poeta y el historiador quienes más sufren por la pérdida de un manuscrito. Pero también un poeta puede reescribir si así se ha decretado. Veamos la historia de la destrucción accidental del primer manuscrito de la *Conversación a medianoche* de Edna St. Vincent Millay.

Una tarde de mayo de 1936, Edna Millay y su marido, Eugen Boissevain, llegaron al hotel Palms de Isla Sanibel, en la costa de Florida. Además del equipaje para una larga estancia, llevaban consigo el único manuscrito completo de los poemas en los que ella llevaba dos años trabajando.

El manuscrito constaba de varios cuadernos, junto con trozos de papel de embalar y el dorso de varios sobres en los que había apuntado algunos fragmentos. La intención de Millay era mecanografiar los poemas durante las siguientes semanas con su máquina de escribir portátil.

Tras dejar la bolsas, los baúles, la máquina de escribir y el manuscrito en el apartamento, bajaron a la playa. A menos de ochocientos metros se dieron la vuelta y vieron el hotel en llamas (de nuevo el modelo de William Gillette). Parecía que el fuego salía por las ventanas de su apartamento. Corrieron hacia allí, pero era imposible salvar nada. Por suerte, aún tenían el coche, que había sido alejado del edificio incendiado.

Una vez en el coche con los pantalones blancos sucios, que ahora eran las únicas prendas de vestir que poseían, condujeron hasta el puente a Cap-tiva, la siguiente isla. Allí, el dueño del pequeño hotel demostró ser un hombre de gran criterio. Al enterarse de que la señora Millay había perdido todo su nuevo libro, actuó enseguida y absolutamente por iniciativa propia. Apareció en la habitación con una máquina de escribir y un montón de papel. Millay se sentó inmediatamente y empezó a mecanografiar de memoria los poemas perdidos.

Como resume su marido, «de no haber sido por la imaginación y la amabilidad del dueño del hotel, nunca habría podido recordar los poemas. Pero como empezó de inmediato, antes de tener realmente tiempo de asustarse por la ingente tarea que tenía por delante, pudo recordar todo salvo unos pocos fragmentos sobre los que estaba trabajando y en los que dudaba entre dos o tres palabras».

El manuscrito de Robert Self Henry con los dieciséis primeros capítulos de *La historia de la reconstrucción*, junto con las notas del libro sufrieron el mismo destino que el relato de Tarkington, solo que nunca se recuperaron. Los dejó en una maleta y un maletín en el asiento trasero de un coche que se quedó abierto, mientras visitaba a unos amigos en Nashville, Tennessee. Cuando salió, habían desaparecido.

Recompensas, artículos de portada en los periódicos, anuncios en la radio, todo en vano. El señor Henry tuvo que volver a empezar desde cero y dedicó tres años más al libro hasta que lo publicó.

No guardaba ninguna copia del primer original y muchas de las notas hacían referencia a cosas tan efímeras como recortes de prensa que no consiguió encontrar por segunda vez. No obstante, el autor no cree que el libro saliera perjudicado a largo plazo. Y ahí tenemos la moraleja.

En la actualidad se publican pocos libros que no mejorarían con una reescritura. La mente de un autor sigue trabajando consciente e inconscientemente después de haber plasmado una idea sobre el papel. Muchos manuscritos serían corregidos y mejorados por sus respectivos autores si la inercia de un escrito terminado no fuera mayor. Así pues, a la perspectiva de la pura monotonía de poner una palabra tras otra, se le

unen los factores del tiempo, del dinero y del inoportuno editor, que apuran al autor para que termine el libro, el artículo o el relato para llevarlos a imprenta.

La pérdida de un manuscrito puede ser una bendición disfrazada. ¿Quién sabe hasta qué punto los libros aquí mencionados no deben su fama al mero hecho de que se hayan reescrito?